PORTENTOS
Y
PRODIGIOS
DEL SIGLO DE ORO

LUCIANO LÓPEZ GUTIÉRREZ

nowtilus

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Portentos y prodigios del Siglo de Oro
Autor: © Luciano López Gutiérrez

© 2012 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-318-9
Fecha de edición: marzo 2012

Printed in Spain
Imprime: Cofás Artes Gráficas
Depósito legal: M-4951-2012

Índice

La fiebre mágica del Siglo de Oro 11

Nota del autor 15

I. De la concepción y los alumbramientos 17

Capítulo 1
Del poder de la imaginativa en la gestación 19

Capítulo 2
De embarazos prodigiosos 41

Capítulo 3
Sobre la generación espontánea 53

Capítulo 4
Sobre hombres nacidos de bestias 65

Capítulo 5
De partos múltiples 79

Capítulo 6
Sobre hermafroditas, transexuales, homúnculos y androides 85

Capítulo 7
Instrucciones para engendrar varones cabales 95

Capítulo 8
Los dobles 101

Capítulo 9
Sobre la capacidad de generación de los diablos 107

II. Maravillas de la naturaleza 119

Capítulo 10
Imago Mundi: sobre bestias, plantas y piedras 121

III. De verídicas y portentosas historias 197

Capítulo 11
Del súbito encanecer 199

Capítulo 12
La contemplación del propio entierro 203

Capítulo 13
Sobre el doctor Torralba, otros sabios volanderos
y el Ícaro de Plasencia 213

Capítulo 14
Seres que vienen de otros mundos 221

Capítulo 15
Hombres de luengas vidas 237

Capítulo 16
Sobre el Peje Nicolao y otros diestros nadadores 245

Capítulo 17
Del poder de la música 251

Capítulo 18
La campana de Velilla 259

Capítulo 19
La Serrana de la Vera y otras hembras de tronío 261

Capítulo 20
Toros devotos de san Marcos 269

Capítulo 21
De tesoros ocultos 273

Capítulo 22
El extraño caso de Valencia de la Torre 279

Capítulo 23
Sobre licantropía 281

Capítulo 24
Hombres de sueño pesado 287

Capítulo 25
Miradas que matan 291

Capítulo 26
Ensalmos, nóminas y saludadores 295

Capítulo 27
Sobre la tendencia a la bilocación de las madres concepcionistas 299

Capítulo 28
Algunas resurrecciones sonadas: noticias de vampiros 303

Capítulo 29
Llueven sapos y culebras 311

Capítulo 30
El diablo abre escuela en Salamanca 315

IV. Otros lugares, otros pueblos 319

Capítulo 31
Sobre sátiros y otros pueblos salvajes 321

Capítulo 32
Los pigmeos y otros pueblos extraños 325

Capítulo 33
Las amazonas 331

Capítulo 34
El purgatorio de san Patricio 335

Capítulo 35
Pueblos de difícil acceso 341

Capítulo 36
El Dorado y otros ricos reinos de las Indias 345

Capítulo 37
Sobre los hombres de las regiones septentrionales 351

V. Los embajadores de satán 355

Capítulo 38
De duendes o trasgos 357

Capítulo 39
Los espíritus familiares 371

Capítulo 40
Historias de brujas 377

Capítulo 41
Endemoniados y exorcistas 393

VI. De presagios, monstruos y agüeros 399

Capítulo 42
Avisos y vaticinios 401

Bibliografía 421

La fiebre mágica del Siglo de Oro

El llamado Siglo de Oro fue un período enfebrecido en la historia de una España que en la segunda mitad del siglo XVI y, sobre todo, durante buena parte del siglo XVII, anduvo tan doliente en lo político y en lo militar como deslumbrante en lo creativo y artístico. Ambos fenómenos han ido muchas veces de la mano, y no han sido pocas las civilizaciones que han vivido sumidas en crisis político-militares de gigantesco calado, mientras por sus rotas costuras asomaban llamaradas del más asombroso genio individual. El cual suele preferir, a lo que parece, la tribulación a las comodidades. Ahora bien: es posible que ninguna de entre todas las sociedades en crisis que tenemos documentadas fuese tan radical en el abrazo de ambos extremos, el de la decadencia y el del genio, como lo fue la España de aquellos años.

Una nación que, en lo militar, en lo político, en lo institucional, se desmoronaba. Y no en términos figurados ni alegóricos: en 1700, a la muerte del Barroco y del último rey Habsburgo, Carlos II *El Hechizado*, de apodo bien sintomático, la gangrena que llevaba mucho tiempo avanzando por los órganos del cuerpo enfermo de la nación se enseñoreó por completo de él. El colapso de las instituciones dejó el país no en el aire, sino en algo peor: en una cruentísima y larguísima Guerra de Sucesión, en la que España cumplió el triste papel de cadáver disputado, sin contemplación ninguna, por los buitres franceses y por los buitres austriacos. Imposible cerrar toda una época (pretendidamente gloriosa) en peor estado de postración. Y con expectativas tan lamentables, porque pasar de las manos de los Habsburgo a las de los Borbones tampoco equivalió a recibir ningún premio gordo de la lotería.

Las bases de aquella continuada catástrofe habían sido concienzudamente diseñadas y cimentadas en el anterior siglo XVI, cuando dos monarcas (Carlos I y Felipe II) de una dinastía extranjera (los Habsburgo austriacos) que consideró el antiguo país de los españoles como un regalo que Dios había puesto

providencialmente en sus exclusivas manos, exterminaron primero los intentos y pretensiones de algunas oligarquías e hidalguías españolas (la de las Comunidades de Castilla, por ejemplo) de que se respetasen más las viejas instituciones solariegas y de que prestasen un poco más de atención a los asuntos y a los problemas internos del país, y se lanzaron a la construcción de un desmesurado imperio transcontinental, sustentado sobre los hombros y alimentado por la sangre de sus soldados españoles y de las víctimas que iban dejando a su paso: nunca fue un Habsburgo víctima sacrificial de aquella descomunal sangría, desde luego. Un imperio que, en definitiva, nació con los pies de barro, que era imposible que se sostuviese mucho tiempo, y cuyas cuentas pendientes y platos rotos hubimos de pagar después muchísimas generaciones de españoles.

En aquel escenario, que nunca dejó de estar amenazado por la ruina que puso el cartel de 'liquidación total', en 1700 vieron la luz (anunciados por la corrosiva *Celestina* que les abrió el camino a todos ellos) el *Lazarillo de Tormes* con sus criados hambrientos y sus clérigos corruptos; la lírica que algunos creen mística y otros erótica de Juan de la Cruz; las músicas llenas de espiritual abstracción de Cabezón o Victoria; el ambiguo e inclasificable *Quijote*; las comedias de enredos amorosos de clérigos que escribían en loor de Dios en los ratos en que no andaban metidos entre faldas femeninas, como Lope, Tirso o Calderón; los entremeses teatrales por los que se paseaban alcaldes ceporros, sacristanes rijosos y soldados gorrones; los bufones de Velázquez, de mirada más inteligente y humana que la de los Habsburgo que el mismo pintor (con mayor desgana) retrató; los niños mendigos y piojosos de Murillo; o las *naturalezas muertas* que han quedado como imagen fija de una sociedad que estaba partida entre el ensimismamiento y la paradoja. Y tantas y tantas obras de arte y artistas más, víctimas (como el resto de nuestros sufridos antepasados) de una sinrazón de estado puesta al servicio sólo de sí misma, que se apretaron en aquellos años de lento hundimiento del buque patrio en mayor y mejor concentración que los que ha habido en ningún otro período de la historia de España. Dando, de paso, a su país, con sus fábulas desordenadamente barrocas y sus retratos sarcásticos o tiernos de la locura o de la miseria, mucha más gloria, y mucho más perdurable, que la que le dio jamás ningún rey, ningún clérigo regente ni ningún valido.

Pero, siendo colosal la dosis y el tamaño de todas las paradojas que adornan nuestra barroca simbiosis de decadencia y genialidad, hubo otra que atravesó de manera aún más lacerante aquella época, y que nos acerca todavía más a la materia de que está hecha este libro: la tensión entre religión y magia que alumbró, o quizás oscureció, o por lo menos dejó sumido en irregular penumbra, todo el paisaje interior de aquellos siglos.

El precioso y documentadísimo libro que nos regala ahora Luciano López Gutiérrez nos desvela no pocas interioridades de una España que era mágica

por dentro y religiosa sólo en la superficie. Impregnada hasta los puros huesos, de la cabeza a los pies, por un elenco profusísimo y disparatado de supersticiones, creencias en agüeros, monstruos, engendros y prodigios que articulaban, más que ningún otro factor, la vida social y cultural, la ideología de todas las clases e individuos (desde el rey hasta su último súbdito) del país, la conciencia del presente y del porvenir, de la enfermedad y la salud, de la vida y la muerte.

Ya que, en cuanto nos alejamos un poco de los lugares más comunes y de las historiografías más protocolarias y vemos meter el punzón, con la agudeza con que lo hace este libro, en el imaginario colectivo de la época, lo que descubrimos es que la religión reinaba pero no gobernaba, que era la esposa oficial pero no la amante del día a día del país. Que funcionaba como el ropaje externo y no como el alma ni el corazón internos de aquella época. Porque muchos de los inquisidores que aterrorizaron a una generación tras otra de españoles con sus fantasías hechiceriles eran tan supersticiosos o más, y tenían el pensamiento mágico más interiorizado que sus desdichadas víctimas. Porque las reliquias que se compraban, se vendían, se robaban, se disputaban, se comían, se exhibían o se adoraban no eran más que despojos degradados de la más estrafalaria superstición. O porque los palacios reales por los que se movían como peces en el agua exorcistas, adivinos, ensalmadores, zahoríes, saludadores o avisadores eran caldos de cultivo de la magia más concentrada y organizada que hubo en la época, por más que todos sus oficiantes activos y pasivos (desde el clérigo de turno hasta el rey enfermo mental correspondiente) empezasen el día oyendo misa.

Los monstruos, los licántropos, los duendes, las campanas mágicas (aunque fuesen de iglesia) que Luciano López Gutiérrez demuestra en este libro que transitaban por el imaginario cotidiano de los sujetos de los siglos xvi y xvii, a todas las horas del día y de la noche, ponen muchas cuestiones en cuestión (valga la redundancia). Y lo hacen desde el interior cotidiano del pensamiento barroco, desde el centro mismo de su modo de sentir y de asomarse al mundo día tras día, no desde los anales interesados de las grandes efemérides ni desde las alturas artificiales de las dinastías gobernantes. Ni tampoco desde las enciclopedias o los *best-sellers* historiográficos más convencionales de hoy mismo, que historian desde arriba más que desde abajo, que biografían al rey pero no al pueblo que lo sostenía, que llenan los estantes de las librerías de biografías de Isabel I, Carlos I o Felipe II y se detienen con incomodidad al llegar a Felipe III, Felipe IV o Carlos II, que no fueron más que los lodos menos presentables de aquellos anteriores polvos.

Libros como este que tiene el lector en sus manos ofrecen una atalaya muy distinta, y también muy necesaria, para contemplar de manera más centrada aquella sociedad y aquella época. Para certificar que la voz del Barroco español no fue la de la monodia imperial y católica oficial, sino la de la polifonía mágica

y anárquica que se desbordaba informalmente hacia todas partes, incluidos los palacios y las iglesias. Que lo que hubo, pese a los esfuerzos que se hicieron en sentido contrario, fue un carnaval enfebrecido mucho más que la prevista cuaresma tridentina, un desorden mísero pero maravilloso (a veces genial) que se salía a borbotones por los boquetes abiertos del orden. Libros como este sirven para recordarnos que hay otra historia mental, social y cultural de España, la del prodigio comúnmente aceptado, la de la superstición cotidiana, la del caso maravilloso rumoreado, la de la convivencia asombrada con el fantasma o con el duende casero, la de las ideas y temores que unos y otros, todos (hasta los que se declaraban desterradores de aquellas supercherías) compartían. Una mitología, en definitiva, muy alejada y mucho más sincera, creativa e inocua que la de la Monarquía Católica que sometía a su yugo feliz y redentor a las demás naciones, o la de los reyes ascetas que habían sido sátiros hasta que su biología les había dicho 'basta', o la del Imperio en el que no se ponía el Sol (ni mucho menos las sombras), o la de la Cruz y la Espada, simbiosis moralmente imposible que tantas víctimas dejó entre los nuestros y entre los demás.

De este registro de magias comunes y de prodigios cotidianos y desmesuradamente barrocos se nutrieron no pocas páginas de Cervantes, de Lope, Quevedo o Calderón, quienes muchas veces los asumieron como propios y otras veces los censuraron como hiperbólicos. Se fraguó así una alianza estrechísima (aun cuando muchas veces irónica) entre cultura oral del pueblo y cultura de los ingenios mayores de nuestras letras de la que emergió el más esplendoroso de los Barrocos: una época y un arte liminales, conflictivos, paradójicos, en que la metáfora fue disfraz de la crítica social y política, en que el pesimismo hubo de vestirse de carnaval para hacer la miseria (de los más) más soportable, en que la magia tomó el papel rector de la cultura común e intérprete de lo que pasaba en la ancha cotidianidad del mundo.

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

Nota del autor

Este libro pretende ser una amena aproximación a lo que pensaban sobre lo natural y lo sobrenatural las gentes de los Siglos de Oro.

Evidentemente, ambos conceptos no coinciden con los que tiene el hombre actual, pues nuestros antepasados auriseculares creían, por ejemplo, sin pestañear, que la imaginación de la madre durante el embarazo podía tener tal influjo sobre el feto, que era capaz de cambiar la pigmentación de su piel, que se daban transformaciones espontáneas de sexo, que era posible que nacieran potros velocísimos al ser las yeguas de la Bética fecundadas por el viento, que había monstruos que surgían de la putrefacción, o individuos con tamaña fuerza en la mirada, que eran capaces de fulminar a una gallina con sólo echarle un vistazo con un mínimo de concentración.

Además, consideraban muy permeable la delgada frontera que separaba el alma del cuerpo, el más acá del más allá, por lo que los espacios más cotidianos eran habitualmente invadidos por trasgos, espectros, demonios y ánimas en pena, de ahí que constantemente hubiera que apelar al amparo de la Corte Celestial, que, por otra parte, era bastante inclinada a enviar sus heraldos en forma de prodigios y portentos.

Ahora bien, además de acercar a los lectores, a través de los capítulos que conforman el libro, a este tipo de mentalidad, en todo momento se ha pretendido vincular esta visión del mundo, propia del XVI y XVII, a supersticiones, obras literarias y leyendas posteriores, desde el siglo XVIII hasta la actualidad, porque esta mentalidad no se agota en la época que nos ocupa, sino que, como se comprobará en las páginas que siguen, tiene claras reminiscencias en la cultura tradicional de nuestros días.

Se ha tenido especial cuidado en que la lectura de esta compendiosa miscelánea del siglo XXI sea entretenida, sin renunciar, no obstante, ni un ápice, al rigor, de tal forma que se intenta sumergir al lector contemporáneo en el

mundo de la Edad de Oro reduciendo al mínimo las digresiones meramente teóricas y engastando en el cuerpo del texto un nutrido número de casos, anécdotas y sucedidos, de modo y manera que el libro también puede ser considerado como una colección de maravillas, y de verídicas y portentosas historias de los siglos xvi y xvii.

La escritura de estas páginas no hubiera sido posible sin el apoyo y ánimo que me ha prodigado mi familia (Araceli, Oriana y Rodrigo), así como algunos amigos, en especial, Salvador Campoy, Fonso Salán, Ángel Gómez Moreno, Luis Martínez, y, por supuesto, mis alumnos del Instituto Iturralde.

Asimismo, debo agradecer a los profesores Rafael Bonilla Cerezo y, sobre todo, a José Manuel Pedrosa, las referencias bibliográficas que me han aportado, así como sus consejos y sugerencias, que tanto han contribuido a enriquecer el contenido de esta obra que tienes en tus manos. También me gustaría tener un cariñoso recuerdo para mi profesor Domingo Ynduráin que fue el primero que me introdujo en estos vericuetos de misceláneas, silvas y polianteas. VALE.

I

DE LA CONCEPCIÓN Y LOS ALUMBRAMIENTOS

Capítulo 1
Del poder de la imaginativa en la gestación

Los intelectuales de los Siglos de Oro, siguiendo a los filósofos antiguos, pensaban que la imaginativa, o imaginación, era la parte integrante del ánima encargada de acoger los datos que le suministraban los sentidos:

> Así como en las funciones de nutrición reconocemos que hay órganos para recibir los alimentos, para contenerlos, elaborarlos y para distribuirlos y aplicarlos, así también en el alma, tanto del hombre como de los animales, existe una facultad que consiste en recibir las imágenes impresas en los sentidos, y que por eso se llama imaginativa.
>
> *De anima et vita*, I, X
> Juan Luis Vives

Ahora bien, esta facultad no solamente era considerada como una potencia pasiva, que se limitaba a recibir los datos sensoriales, sino que también se le reconocía una faceta creadora, como se puede comprobar con la lectura de la glosa que hace Fernando de Herrera al verso 6 del soneto III de Garcilaso en sus memorables *Anotaciones*:

> Son tres las facultades interiores del ánima, que Galeno llama regidoras, dejando el entendimiento, que el médico lo considera poco: la memoria, la razón y la fuerza de imaginar, que es la fantasía, común a todos los animados, pero mucho mayor y más distinta en el hombre [...] Y por esta se representan de tal suerte en el ánimo las imágenes de las cosas ausentes que nos parece que las vemos con los ojos y las tenemos presentes, y podemos fingir y formar en el ánimo verdaderas y falsas imágenes a nuestra voluntad y arbitrio.

Asimismo, se pensaba que no todos los hombres tenían idéntica habilidad para el manejo de la susodicha capacidad, pues la destreza en el uso de la misma dependía de la proporción que reinara en la mezcla de los fluidos corporales o humores: sangre, cólera, bilis y flema, según señalaba un médico español del siglo xvi, Huarte de San Juan, que incluso ha llamado la atención de Noam Chomsky, el fundador de la Gramática Generativa, al relanzar en esta época la vieja teoría fisiológica clásica, con raíces en Aristóteles, Galeno e Hipócrates, según la cual el temperamento de los individuos dependía de la proporción de los cuatro humores referidos, que se asociaban con los cuatro elementos de Empédocles y con las cuatro cualidades que correspondían a estos: el calor, el frío, la sequedad y la humedad.



El médico español Huarte de San Juan ejerció un enorme influjo en la mentalidad de la época, con su libro *Examen de ingenios para las ciencias*.

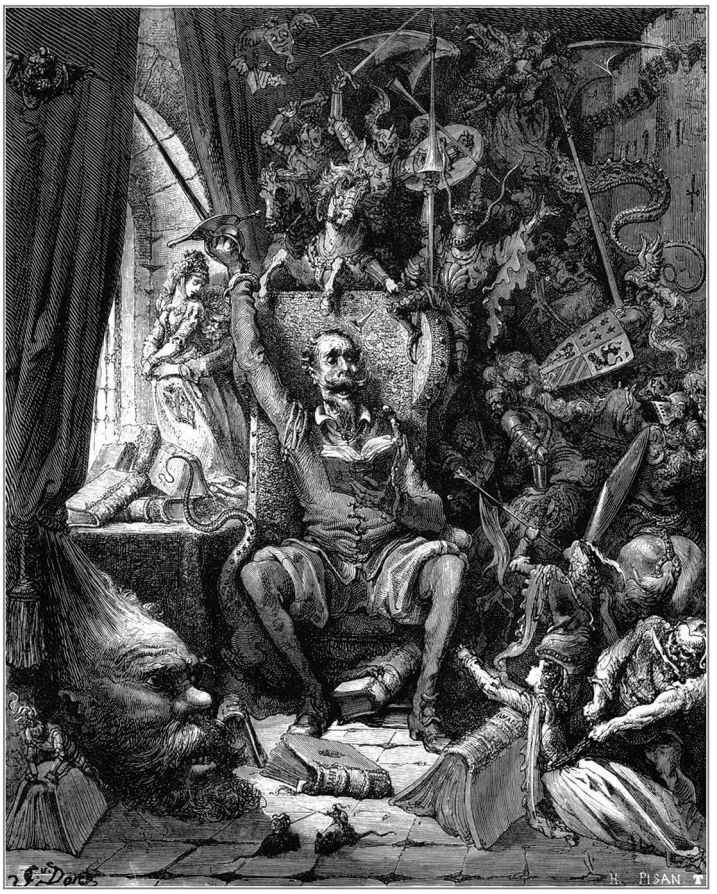
Pues bien, los hombres en los que imperaba la imaginativa eran especialmente diestros en disciplinas que, a decir del citado Huarte, consisten en figura, correspondencia, armonía y proporción:

> Las artes y ciencias que se alcanzan con la memoria son las siguientes: gramática, latín y cualquier otra lengua; la teórica de la jurispericia; teología positiva; cosmología y aritmética.
>
> Las que pertenecen al entendimiento son: la teórica de la medicina; la dialéctica; la filosofía natural y moral; la práctica de la jurispericia, que llaman abogacía.
>
> De la buena imaginativa nacen todas las artes y ciencias que consisten en figura, correspondencia, armonía y proporción. Estas son: poesía, elocuencia, música, saber predicar; la práctica de la medicina, matemáticas, astrología; gobernar una República; el arte militar; pintar, trazar, escribir, leer, ser un hombre gracioso, apodador, pulido, agudo *in agilibus*; y todos los ingenios y maquinamientos que fingen los artífices; y también una gracia de la cual se admira el vulgo, que es dictar a cuatro escribientes juntos materias diversas, y salir todas muy bien ordenadas.

Ahora bien, el carácter creativo que tenía la imaginativa, su capacidad para elaborar mundos posibles enfrentados al real, podía provocar que los individuos inclinados a ella tuvieran cierta propensión a enloquecer y a confundir la realidad con la ficción, sobre todo si había en su organismo un predominio exagerado del calor que no hubiera sido contrarrestado convenientemente por la humedad. Un ejemplo bien claro de tal circunstancia lo tenemos en lo que aconteciole al ya famoso Caballero de la Triste Figura que, por pasarse las noches de claro en claro engolosinado en la lectura de las singulares hazañas de Palmerines y Amadises, al no recibir su cerebro la humedad reparadora que nos proporciona el sueño, dio en la locura de confundir socarrones y ventrudos venteros con defensores de la benefactora Orden de la Caballería, mozas de partido con encantadoras princesas y humildes molinos con desaforados gigantes[1].

Otra circunstancia que puede desquiciar la imaginativa es el calor excesivo producido por la fiebre, lo que también provoca que tomemos por reales cosas que no lo son. Así, de esta manera, como disloque de la imaginativa, interpreta el padre Feijoo una famosa historia de aparecidos que recoge en su renombrado libro *Días geniales* el humanista Alejandro de Alejandro: un hombre que se encuentra gravemente enfermo le pide a un amigo que le lleve a tomar unos

[1] Véanse el artículo de Pozuelo Yvancos, José María: «Los conceptos de "fantasía" e "imaginación" en Cervantes» (2007); y el libro de Avalle-Arce, Juan Bautista: *Don Quijote como forma de vida* (1976).



Grabado de Gustavo Doré. Don Quijote es un claro ejemplo del trastorno de la imaginativa.

baños a otra ciudad para procurar un poco de alivio a su calamitoso estado. Durante el camino tienen que pernoctar en una posada, el enfermo empeora y, a la postre, fallece. El acompañante, tras organizar las exequias, regresa a la ciudad de origen, pero se ve obligado a hacer noche en un albergue antes de llegar. Cuando se encuentra recluido en su aposento, observa estupefacto que su difunto amigo se persona en la alcoba, se despoja de sus vestidos, se mete en el lecho, y le toca con su pie desnudo y más que la nieve frío, momento en el cual le empuja hacia fuera de la cama, lo que provoca que el difunto, contrariado, vuelva a vestirse y abandone la habitación, cosa que no impide que su fiel amigo, como consecuencia del pánico, esté a pique de perder la vida[2].

[2] Feijoo, Benito Jerónimo (padre): «Sobre los duendes». En: *Cartas eruditas y curiosas* según la edición electrónica de la Fundación Gustavo Bueno.

Asimismo, la imaginativa puede ser alterada por el uso de determinados ungüentos, lo que, según algunos inquisidores, sucede a las brujas cuando afirman ser ciertos sus viajes por los aires para asistir a los orgiásticos aquelarres presididos por el propio Satán en figura de macho cabrío[3].

Y, por supuesto, desarrolla una actividad, en ocasiones de una gran eficacia, durante el período del sueño, según se desprende de la siguiente cita de la difundida obra del maestro Pedro Ciruelo *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*:

> De aquí viene que los que andan muy codiciosos en mercaderías o en pleitos o en cuestiones muy dificultosas de ciencias, algunas veces en sueños aciertan mejor en ver lo que deben hacer y en qué se han de determinar en sus cosas, que cuando velan y se fatigan en pensar mucho en ellas. La causa es que durmiendo está la fantasía del hombre más desocupada que velando, cuando tiene los sentidos abiertos y se le ofrecen y atraviesan muchas maneras de cosas, que unas estorban a otras.

Sin embargo, también se creía en esta época que la fuerza de la imaginativa era tal, que, en no pocas veces, podía modificar la realidad circundante, y, por supuesto, la de la persona o animal que imaginaba. Así, enarbolando la autoridad de Aristóteles en su *Historia de los animales*, se ratifica como verídico que la gallina que vence a un gallo en una pelea se considera tan ufana que alza la cresta y la cola, y, por imaginarse que es gallo, le crecen los espolones y se afana en montar a las otras gallinas[4], o que, a causa de la fuerza de la imaginación, las perdices nivales logran que cambie el color de su plumaje y se recubra de albura, o que un gato consigue que un pájaro se desplome de la copa de un árbol y caiga presa de sus garras por haberlo deseado el felino con intensidad[5].

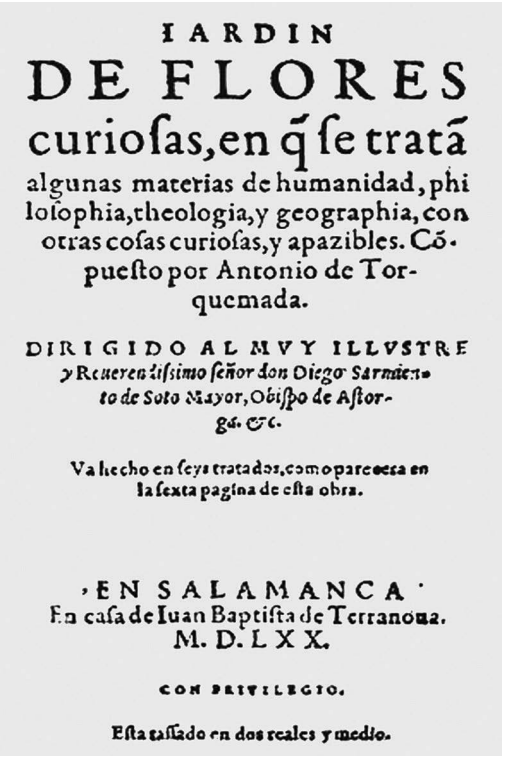
O se da por cierto, al menos así parece creerlo Pero Mexía, que un rey llamado Cipus observó una tarde con tal curiosidad una pelea entre dos toros, que se durmió con esa obsesión bien arraigada en la imaginativa, de modo y manera que esta le fabricó durante el sueño una hermosa cornamenta que,

---

[3] Consúltese el imprescindible libro del maestro Caro Baroja, Julio: *Las brujas y su mundo* (1993): «Pedro de Valencia conocía varios casos de brujas a las que, a modo de experiencia, se les hizo caer en aquel sopor imaginativo, entre ellos el narrado por el doctor Laguna, de suerte que incluso llega a pensar que parte de las visiones pueden ser debidas a la eficacia natural de las unciones sin que el Demonio se las componga y haga».

[4] De Torquemada, Antonio: *Jardín de flores curiosas* (1982).

[5] Estos últimos casos los recoge nada menos que Montaigne en «De la fuerza de la imaginación». En: *Ensayos*. De Luaces, Juan G. (trad.), (1985). Recuérdese el pasaje antes citado de Pedro Ciruelo sobre la gran actividad que desarrolla la imaginativa durante el sueño.



IARDIN
DE FLORES
curioſas, en q̃ ſe tratã
algunas materias de humanidad, phi
loſophia, theologia, y geographia, con
otras coſas curioſas, y apazibles. Cõ-
pueſto por Antonio de Tor-
quemada.

DIRIGIDO AL MVY ILLVSTRE
y Reuerendiſsimo ſeñor don Diego Sarmien-
to de Soto Mayor, Obiſpo de Aſtor-
gã. &c.

Va hecho en ſeys tratados, como parece esta en
la ſexta pagina de eſta obra.

EN SALAMANCA
En caſa de Iuan Baptiſta de Terranoua.
M. D. L X X.

CON PRIVILEGIO.

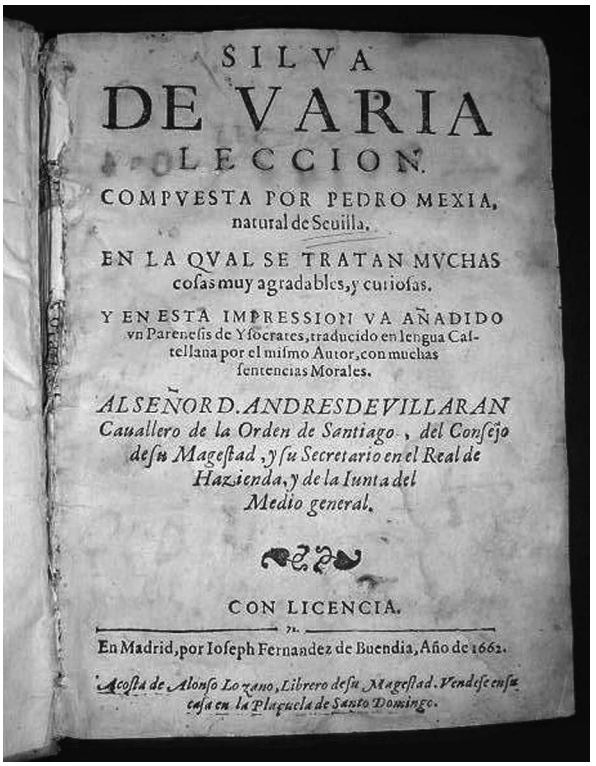
Eſta taſſado en dos reales y medio.

El *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada es una excelente recolección de historias asombrosas y maravillas de la naturaleza.

para su sorpresa, adornaba su frente por la mañana[6]. O se sugiere, así lo hace Torquemada en su *Jardín de flores curiosas*, que una mujer en pleno siglo xvi se convirtió en varón, porque, harta de sufrir las vejaciones de su esposo, decidió huir del hogar conyugal disfrazada de hombre y ganarse la vida por su propio esfuerzo a la manera del sexo masculino, por lo que, probablemente, como consecuencia de la continua excitación que experimentaba su imaginativa, al ir vestida en hábito de caballero y haber adquirido sus costumbres, se operó en ella la mencionada metamorfosis.

Y en esta misma línea, disponemos de un texto de los *Ensayos* de Montaigne, donde se nos cuenta otro caso de cambio de sexo en virtud de la potencia de la imaginativa:

[6] *Véase* Mexía, Pero: *Silva de varia lección* (1989). De este suceso también se hace eco el propio Montaigne, *op. cit*. I, p. 62: «Aun cuando no sea cosa nueva que crezcan en una noche cuernos a quien antes no los tenía, memorable es el caso de Cipo, rey de Italia, quien, tras asistir de día con gran entusiasmo a un juego de toros, soñó por la noche que tenía cuernos, y estos le salieron en la frente en fuerza de su imaginación».



SILVA
DE VARIA
LECCION.
COMPVESTA POR PEDRO MEXIA,
natural de Seuilla.
EN LA QVAL SE TRATAN MVCHAS
cosas muy agradables, y curiosas.
Y EN ESTA IMPRESSION VA AÑADIDO
vn Parenesis de Ysocrates, traducido en lengua Castellana por el mismo Autor, con muchas
sentencias Morales.
AL SEÑOR D. ANDRES DE VILLARAN
Cauallero de la Orden de Santiago, del Consejo
de su Magestad, y su Secretario en el Real de
Hazienda, y de la Iunta del
Medio general.
CON LICENCIA.
En Madrid, por Ioseph Fernandez de Buendia, Año de 1662.
A costa de Alonso Lozano, Librero de su Magestad. Vendese en su casa en la Plaqueta de Santo Domingo.

La *Silva de varia lección* de Pero Mexía fue la enciclopedia de mayor éxito editorial en el Siglo de Oro.

> Estando en Vitry pude ver a un hombre a quien el obispo de Soissons había confirmado con el nombre de Germán y a quien todos los habitantes habían conocido mujer hasta los veintidós años, llevando el nombre de María. Era a la sazón barbudo, viejo y soltero. Contábase que, haciendo un esfuerzo al saltar, apareciéronle las partes viriles. Desde entonces corre entre las muchachas de Vitry una canción donde se les aconseja no dar grandes saltos, por no convertirse en mozos como María Germán. No es de maravillar que tales accidentes ocurran con frecuencia, pues a la imaginación, si tiene poder en estas cosas y si continua e intensamente se aplica a un pensamiento, cábele (por no recaer tan a menudo en el pensamiento mismo y riguroso deseo), incorporar en definitiva esa parte viril a las muchachas.

Aunque ninguno de estos casos, con ser tan espectaculares, reviste la espectacularidad del que se cuenta en una leyenda hindú, en que se asegura que un rey logró hacer surgir de la nada un lujoso palacio de mármol de laberínticos corredores, ricos aposentos, almenadas torres y umbríos y silenciosos patios

habitados por el rumor de las fuentes gracias a imaginarlo noche tras noche en sus sueños durante siete años.

Pero, volviendo a la época que nos ocupa, para las gentes de nuestros Siglos de Oro, el momento en que la imaginativa se desboca desaforadamente y puede jugarnos las mayores trastadas es en el momento de la concepción y de la gestación, ya que se consideraba que en esta coyuntura, debido a la gran magnificación de los afectos que conlleva, especialmente la imaginación de la madre tenía tanta fuerza que podía provocar determinados efectos físicos en el nuevo ser, todavía tierno, que estaba siendo engendrado, según afirman los autores de silvas y misceláneas.

Así, Torquemada, en su difundidísimo libro *Jardín de flores curiosas*, recoge algunos testimonios de este portentoso poder de la imaginativa que me resisto a pasar por alto. Por ejemplo, el citado humanista, apoyándose en Plutarco, nos relata la historia de un matrimonio de raza blanca que engendra un hijo negro, porque la mujer en el momento del acoplamiento tenía clavados los ojos en la figura de un etíope que estaba representado en un tapiz del tálamo nupcial[7].

Y, en este mismo sentido, nos cuenta como verídico el caso de otro matrimonio que concibió un retoño velludo, con aspecto de salvaje, porque la esposa posó su mirada en el momento de la generación en una figura de san Juan Bautista cubierto de pieles que había junto a la cama. Aunque quizás todavía es más prodigioso otro sucedido recogido por el bueno de don Antonio como acontecido en una ciudad de Alemania: un actor representaba en una comedia el papel del Demonio e iba vestido con los aderezos e insignias feas y espantables inherentes a tan abominable personaje. Volvió a su casa sin haberse despojado del traje de comediante y le apeteció, ¿tal vez impelido a lujuria por el propio Lucifer?, copular con su mujer, a consecuencia de lo cual, debido a la impresión que produjo en la imaginativa de esta última su disfraz diablesco, hubieron un engendro de apariencia y costumbres luciferinas.

Y en esta misma línea, también corría la especie, según Huarte de San Juan, de que si una mujer practicaba el adulterio en su matrimonio, los hijos que habían sido engendrados por el adúltero se parecían al marido por la preocupación que asaltaba a los amantes en el fornicio no fueran a ser sorprendidos por el esposo burlado, mientras que los retoños que se asemejaban al adúltero

[7] Sobre la antigüedad de esta historia, sin duda la más citada por los partidarios del influjo de la imaginación materna sobre el *nasciturus*, así como su reflejo en la literatura de los Siglos de Oro, véanse el muy documentado artículo de González Rovira, Javier: «Imaginativa y nacimientos prodigiosos en algunos textos del Barroco» (1997); y el excelente libro de Pedrosa, José Manuel: *El cuento popular en los Siglos de Oro* (2004). Así como mi artículo «En torno a algunas narraciones sobre el influjo de la imaginación materna en el feto: su presencia en los Siglos de Oro, Feijoo y las leyendas urbanas» (2007).

eran consecuencia del legítimo uso del matrimonio, ya que la imaginación de la esposa en el acto carnal se concentraba en el hombre de sus sueños[8].

Asimismo, este desquiciamiento de la imaginativa en el momento de la procreación, según la mentalidad de la época, explica también, entre otras cosas, la concepción de seres monstruosos, como nos recuerda uno de los máximos especialistas en la materia del siglo xvi, el médico francés Ambroise Paré, al relatarnos un caso acaecido en el año 1517, en la parroquia de Bois-le-Roy, en el bosque de Viere y de camino hacia Fontainebleau, donde nació un niño con la cara en todo idéntica a la de una rana, lo cual se entendió perfectamente cuando se descubrió que la tarde en que fue concebido su madre tenía mucha fiebre, por lo que una vecina le dio una rana viva para que la tuviera en su mano, con objeto de que descendiera su temperatura corporal, pero, con tan mala suerte que tuvo relaciones sexuales ese mismo día con su marido, y su imaginativa, excitada por el batracio retenido en su mano, preparó tamaño desaguisado con el rostro de su retoño[9].

Por lo que respecta al siglo xvii, la convicción en el poder que tenía la imaginativa de la madre para manipular la configuración o pigmentación de la piel del feto no experimenta merma alguna, hasta tal punto que en una de las interpolaciones que Remigio Noydens hace al diccionario de Covarrubias en su edición de 1673 se lee lo siguiente en la voz *imaginativa*:

> Tratando Avicena, lib. 2, de las imaginaciones animales dice que hacen tanta mudanza en las cosas naturales que acontece que la criatura sea semejante a la cosa misma que la madre estaba imaginando al tiempo de concebir. Lo cual prueba también san Agustín, lib. 2, *De civitate Dei*, diciendo que una mujer blanca, concibiendo de hombre blanco, vino a parir un negro, porque al tiempo de concebir tenía la imaginación y vista en la figura de un negro que en un paño de pared estaba pintada y que la criatura le parecía propiamente.

Y en obras, por ejemplo, como *El ente dilucidado* del padre Fuentelapeña, o *Curiosa filosofía y tesoro de las maravillas de la Naturaleza* del padre Eusebio Nieremberg se nos dan por verídicos muchos de los casos recopilados en las misceláneas del siglo xvi, a la vez que se nos presenta algunos todavía, si cabe, más asombrosos, si bien la explicación que se da de los mismos difiere en ambos autores, pues, mientras el primero acude a conceptos como «espíritus»

[8] *Examen de ingenios*; p. 351.

[9] Paré, Ambroise: *Monstruos y prodigios* (1993). Sobre este tipo de cuestiones es obligada la consulta del excelente libro de Del Río Parra, Elena: *Una era de monstruos: representaciones de lo deforme en el Siglo de Oro español* (2003).



Según el médico francés Ambroise Paré, un niño nació con cara de rana por influjo de la imaginación materna en el momento de la concepción.

y «humores» de pretensiones «científicas», el segundo continúa moviéndose como pez en el agua dentro de la mentalidad mágica característica del XVI[10].

Pero, como ya indiqué, los dos autores se muestran absolutamente receptivos para la aceptación de lo portentoso. Así, ambos escritores recogen en sus libros citados el caso de una mujer embarazada a la que, como tenía un vientre muy voluminoso y salía de cuentas para la Epifanía, alguien le hizo el comentario de que parecía que iba a dar a luz a los tres Reyes Magos, a lo que ella respondió que *ojalá así fuese*, con tanta oportunidad que su supuesto deseo se cumplió y el 6 de enero alumbró tres niños, uno de ellos, por supuesto, negro.

Asimismo, ambos autores recogen otro caso de influjo de la imaginativa de la madre en el feto que nos deja estupefactos: en Lovaina un marido airado amenazó a su mujer embarazada con la espada desenvainada en alto apuntando a su cabeza, de modo y manera que la imaginación de la mujer quedó

[10] Confróntese con González Rovira, Javier. Art. cit.; pp. 27-30.

sobrecogida hasta tal punto con la amenaza, que el niño nació con una gran hendidura en la testa, justamente en la misma parte hacia la que apuntaba en la madre la espada paterna, y vertía tanta sangre por ella que, no pudiéndose cortar la hemorragia, el pequeño murió desangrado.

Y el pintoresco capuchino zamorano Fuentelapeña también da cuenta, además, de lo que sucedió a una sobrina del pontífice Nicolao III, la cual parió un oso por haber estado mucho tiempo contemplando embelesada algunos cuadros de plantígrados que adornaban su palacio, y, asimismo, nos transmite curiosos partos que, por mor de la imaginativa, han tenido muchos animales como una perra que parió un cachorro con cabeza de gavilán por el espanto que le provocaba esta rapaz, o una oveja que parió un león u otra un lobo debido al pavor que les producían tan feroces depredadores[11].

Asimismo, una prueba más del crédito que se daba en estos siglos dorados al influjo que ejercía la imaginación sobre el feto es la creencia en los antojos, consistente en temer que el *nasciturus* podía morirse o tener que soportar una mancha sobre su piel para el resto de sus días que reprodujera el objeto, generalmente un alimento, que la madre no había podido conseguir y que, por lo tanto, había provocado una excitación desmedida en su imaginativa, lo que ocasionaba los desvelos de los maridos, y las gentes en general, para evitar estas desgracias satisfaciendo los caprichos de las embarazadas, las exigencias dictadas por su estado de preñez, y a fe que nuestras damas auriseculares debían de ser en extremo veleidosas y apegadas a sus melindres si damos crédito al testimonio de Madame D'Aulnoy:

> Lo que me molesta mucho es que las mujeres embarazadas muestran más curiosidad que las otras, y como aquí les guardan más consideraciones que a ninguna, pretenden que cuando se les antoja algo y se les niega, al punto las acomete cierto mal que las hace dar a luz un niño muerto, de suerte que se sienten con derecho para tocar, hacer quitar los guantes con el aceite y obligar a dar vueltas a las gentes como les place.
>
> Los primeros días que esto me ocurrió no me anduve con bromas y les hablé tan secamente, que hubo algunas que se echaron a llorar y que no se atrevieron a insistir, pero hubo otras que no se dejaban convencer, que se empeñaban en ver mis zapatos, que querían que les enseñase mis ligas, lo que

[11] Véase *El ente dilucidado*, especialmente las secciones 253, 254, 255. Debo al profesor Pedrosa el conocimiento de la existencia de una reciente y muy esmerada edición del libro de Fuentelapeña por la que cito. Ha sido realizada por Arsenio Dacosta y revisada por Paul Silles Mclaney y Maite Eguiazábal con la colaboración de María Antonia Muriel Sastre. La obra, además, viene precedida por cuatro interesantísimos estudios de Dacosta, Teófilo Estébanez, Rodríguez de la Flor y el propio Pedrosa.

> llevaba en los bolsillos, y, como no lo consentía, mi parienta me dijo que, si el pueblo veía aquello, nos tiraría piedras, y que era necesario que consintiese en lo que pretendían.[12]

Y es que el vulgo creía a pies juntillas que, si las preñadas no cumplían sus deseos, su frustración tendría funestas consecuencias para la criatura, como contaba el propio Nieremberg que le había pasado a su abuela, la cual apeteció fresas estando embarazada, y, como no las pudo conseguir, el retoño nació con cinco bultos en la cabeza del tamaño y color de la sabrosa fruta, de tal manera que, aunque se los quitaron repetidamente, volvieron a brotar cada año durante diez; o a una caprichosa mujer que vio a un pastelero con el torso desnudo y le petó morderle en los hombros, en vista de lo cual su marido le prometió una buena cantidad de dinero para que consintiera en ofrecer sus apetitosas carnes a la antojadiza señora, de modo y manera que esta le dio con todas sus fuerzas dos dentelladas, pero ya no permitió que le diera una tercera, debido a lo cual la decepcionada dama parió tres criaturas: dos vivas, y una muerta, sin duda por la frustración de haberse quedado con las ganas de propinar al pastelero el tercer mordisco.

Sin embargo, no todos los hombres de la época consideraban veraces casos tan portentosos como los referidos arriba, ni, en consecuencia, creían ciegamente en la posibilidad del influjo de la imaginativa de la madre sobre el feto. Quizás uno de los opositores más egregios a esta convicción sea el ya citado anteriormente Huarte de San Juan.

Efectivamente, el prestigioso médico, comentando la opinión de Aristóteles en *Problemas*, relativa a que las divergencias que se observan entre los padres y los hijos hay que atribuirlas a que los progenitores en el momento de la generación tenían ocupada la imaginativa en otras cuestiones, señala que esta afirmación es insostenible porque el feto no se forma en el momento de la copulación, sino unos treinta días más tarde, y por tanto es indiferente lo que estén imaginando los padres mientras proceden al ayuntamiento carnal, y porque ni el ánima sensitiva ni la intelectiva intervienen en el proceso de la generación, y en consecuencia: «No es más que los hijos del hombre nazcan de tantas figuras por la varia imaginación de los padres, que decir que los trigos unos nacen grandes y otros pequeños, porque el labrador, cuando los sembraba, estaba divertido en varias imaginaciones»[13].

Por lo que, sin titubeo alguno, Huarte considera que es cosa de burlas la manida historia de que una pareja blanca ha tenido una criatura negra por

[12] Madame D'Aulnoy: *Relación del viaje de España* (1988).
[13] *Examen de ingenios*; p. 351.

hallarse excitada la imaginativa materna con la contemplación de un objeto artístico en que se represente a un hombre de color: «También se cuenta por ahí que una señora parió un hijo más moreno que lo que convenía por estar imaginando en un rostro negro que estaba en un guadamecil, lo cual tengo por gran burla, y si por ventura fue verdad que lo parió, yo digo que el padre que lo engendró tenía el mismo color que la figura del guadamecil»[14].

Sin embargo, a pesar de voces disidentes tan prestigiosas como la de Huarte, lo cierto es que en el racionalista siglo xviii el vulgo sigue aplicando la teoría de los antojos para explicar las manchas o verrugas sobre el cuerpo de los recién nacidos, lo que provoca que don Ramón de la Cruz escriba su sainete titulado *La embarazada ridícula* para mostrarnos a un marido agobiado por los caprichos de su preñada esposa, al que esta no da tregua y trae continuamente al retortero en busca de los manjares más extravagantes para evitar que suceda lo que el propio médico del sainete cuenta que ocurre cuando no se satisfacen estas apetencias propias de los estados de gravidez:

Pues es cierto que se hallan
poquitos casos en los
autores de embarazadas,
que han parido mamarrachos
por antojos. *Verbi gracia*:
Una preñada miró
cierto día que pasaba
por la calle de Valverde
con la vista levantada,
la media naranja de
los Basilios: fue a su casa,
y malparió un niño con
una verruga en la cara
tan grande, ni más ni menos,
como la media naranja,
con su chapitel y todo.
Ándense ustedes con chanzas.

Y la creencia en este tipo de sucesos portentosos también se produce allende de nuestras fronteras en pleno Siglo de las Luces, pues nada menos que en 1726 corre por Inglaterra la especie de que una tal Mary Toft, una pobre mujer sin apenas recursos, ha parido ni más ni menos que diecisiete conejos, porque,

[14] *Examen de ingenios*; p. 350.



Como consecuencia de un antojo Mary Toft parió una camada de conejos.
Grabado de William Hogarth.

estando embarazada y trabajando en el campo, vio saltar a su vera un conejo y le apeteció tanto un guiso de tan estimada carne, que, como no pudo permitírselo por su mencionada carencia de recursos, la imaginativa desbordada le provocó tamaña camada de roedores[15].

Así es que, en vista de que la certeza que se daba a este tipo de fenómenos era grandísima, nada tiene de extraño que el mismísimo Feijoo abordara el asunto desde su autorizada atalaya.

En efecto, el benedictino en varios de sus escritos se ocupa de la imaginativa y de sus poderes. Sin lugar a dudas, el ensayista ilustrado considera que la imaginativa goza de un gran influjo sobre el ánimo de los hombres para excitar las pasiones, e incluso, tomando como ejemplo lo que sucede

[15] Véase Bondeson, Jan: *Gabinete de curiosidades médicas* (1998). Bondeson recoge en este ameno libro muchas historias sobre el influjo de la imaginación de la madre sobre el feto que han circulado especialmente por Europa, sobre todo por Francia e Inglaterra. Sin embargo, no parece estar al corriente de las que circulaban por España.

con la comunicación literaria, llega a afirmar que, en ocasiones, los sentimientos se dejan mover más por la imaginativa que por el intelecto, tal como sucede con los receptores de las ficciones literarias, o con el público de las obras de teatro, que se conmueven con las desgracias, injusticias y alegrías que les sobrevienen a los personajes, aunque sepan que estos no son otra cosa que entes de la fantasía, así como son irreales las venturas y desventuras que les acaecen[16].

Ahora bien, cuando el escritor aborda el asunto del posible influjo de la imaginación sobre la realidad exterior, su postura es francamente reticente. Así, considera de todo punto imposible que los seres humanos puedan mediante la imaginación provocar tormentas, desatar tempestades marinas o fulminar con el rayo, o incluso que la imaginativa pueda llevar a cabo empresas más modestas como la de hacer surgir en la frente de un hombre una hermosa cornamenta, tal como aceptaban Pero Mexía y el mismísimo Montaigne:

> Me holgara que fuese verdad lo que dice Miguel de Montañe, a quien cita el Marqués de S. Aubin, que a Cippo, rey de Italia, de haber asistido a un combate de toros, se le calentó tanto la imaginación, que después de soñar toda la noche sobre las armas de aquellos animales, al despertar halló toda su frente proveída de otras semejantes. Digo que me holgara de que este suceso fuese verdadero, pues daría a las fuerzas de la imaginación un realce muy superior a cuanto he dicho de ellas en esta carta. ¿Pero dónde habrá leído Montañe tal especie? No sólo el suceso es falso, mas también creo que es falso que haya habido jamás tal Cippo, rey de Italia. Diré lo que yo he leído que tiene alguna alusión a esta historia, y que pudo dar ocasión a Montañe para forjarla. Cuenta Valerio Máximo (lib. 5, cap. 6) que a Cenucio Cippo (no rey de Italia, sino pastor romano), saliendo de Roma a combatir como caudillo, según se colige del contexto, a algunos enemigos de la República, repentinamente se le vieron nacer en la frente unas prominencias a modo de cuernos; sobre lo cual, consultados los augures, respondieron que aquel prodigio anunciaba que Cippo, si volvía a Roma, había de ser rey de ella; y que él, más amante de la libertad de su patria, que de su propia exaltación, condenándose a un voluntario destierro, nunca quiso volver a la ciudad. Ovidio en el libro 15 de los *Metamorfoseos* trae la misma historia, con sola la diferencia de que el prodigio sucedió volviendo Cippo vencedor de los enemigos. Nada he visto de hombre llamado Cippo a quien se hubiese visto en la frente tal armadura en otro algún autor. Pero en

[16] «Despotismo, o dominio tiránico de la imaginación». En Feijoo, Benito Jerónimo (padre): *Cartas eruditas y curiosas*. *Op. cit.*; t. IV, 8.

> ninguno de los dos alegados hay palabras de combate de toros, ni de sueño que tuviese tal objeto. Con que discurro que lo que no soñó Cippo lo soñó Montañe.[17]

Sin embargo, en cuanto a la posibilidad de que la imaginación de la madre pueda ocasionar transformaciones en el feto, Feijoo no mantiene una postura unívoca en los distintos lugares de su obra en que se ocupa del tema. Así, por ejemplo, en el discurso en torno al color etiópico, incluido en su *Teatro crítico universal*, se dedica a refutar la opinión de que el color negro de los etíopes fuera resultado de la excitación de la imaginación de unas madres blancas al contemplar un objeto negro, tal como todavía pensaban muchos en su época, para lo cual se dedica a poner en tela de juicio, por unas causas o por otras, los casos más afamados en que se apoyaban los partidarios de esta teoría.

Así, niega que sea explicable por ley natural la historia que se cuenta en el capítulo XXX del Génesis, según la cual Jacob conseguía que sus corderos nacieran con la piel manchada poniendo varas de colores descortezadas en los abrevaderos para excitar la imaginación de las ovejas en el momento de la cubrición, ya que, piensa Feijoo, el personaje bíblico contó con la ayuda divina para aumentar las reses de sus rebaños, puesto que había acordado con su suegro que todas las que salieran manchadas serían para él.

En esta misma línea, tampoco estima que haya que tener en consideración, por tratarse de una obra de ficción, lo que se relata en la *Historia etiópica* de Heliodoro a propósito de que su heroína, Cariclea, había nacido blanca, a pesar de que su padre y madre fuesen negros, por tener esta última fija la imaginación en un cuadro de Andrómeda. E igualmente piensa que tampoco prueban nada el alumbramiento del niño diablesco del que hemos tratado arriba, pues tal cosa más bien parece influjo del Maligno, ni el caso paradigmático del niño negro nacido de padres blancos debido a la contemplación por parte de la madre de una obra artística que excitara sobremanera su imaginación, ya que semejante hipótesis más bien ha de entenderse, según el sabio benedictino, como una coartada de la esposa para ocultar su infidelidad, que como una explicación que dé razón de lo sucedido.

Ahora bien, una vez que el fraile ilustrado ha empleado todos estos argumentos en contra de los defensores de la tesis imaginacionista, acto seguido, en el siguiente párrafo, deja claro que, a pesar de que no puede comprender cómo se produciría el influjo de la imaginación sobre el feto, no descarta de plano su posibilidad:

[17] Con este comentario remata la carta citada en la nota anterior: «Despotismo, o dominio tiránico de la imaginación».

> He propuesto lo que me ocurrió contra la sentencia común de la fuerza de la imaginación, y respondido a los argumentos que hay a favor de ella. Mas no por ello juzgue el lector que la declaro falsa. Es, como dije arriba, incomprensible para mí que la intencional representación de un objeto tenga actividad para imprimir la figura, o color del objeto representado en el feto contenido en el claustro materno. Mas, por otra parte, hago la reflexión de que puede la Naturaleza ejecutar mucho de lo que yo no puedo comprender.[18]

Y, en efecto, en una de sus *Cartas eruditas y curiosas*, la titulada precisamente «Sobre el influjo de la imaginación materna respecto al feto», modifica su posición: empieza su disertación considerando que los antojos y malformaciones de las criaturas, por lo general, hay que explicarlos como producto de enfermedades fetales, dolencias que se heredan de los padres, o lesiones causadas por golpes o estrechamientos en el seno materno... y, en consecuencia, piensa que el vulgo, movido por la superstición, atribuye estos accidentes a la imaginación materna, hasta tal punto que puede llegar a considerar que un niño nació sin un brazo porque su madre estando encinta vio cortar la mano a un soldado, o que otro vino al mundo con cicatrices en brazos y piernas situadas en el mismo lugar y en todo semejantes a las de un reo que su madre había visto torturar.

Sin embargo, el ensayista benedictino, a pesar de negar todas estas chuscas historias, en esta carta concede que tal vez se pueda admitir, aunque no pueda llegar a entenderlo, el influjo de la imaginación materna sobre el feto circunscrito, prácticamente, al preciso momento de la concepción, cosa que casi se ve forzado a aceptar para explicar cómo es posible que a los niños se transmitan los rasgos físicos de los padres, cuando los conocimientos biológicos de la época sólo podían dar cuenta de la transmisión de los de la madre, pues se creía que ya se hallaban en el embrión depositado en el ovario, por lo que únicamente acudiendo al influjo de la imaginación excitada de la madre sobre el feto en el momento de la generación se podría explicar lo que ocurre con suma frecuencia en la vida corriente, a saber: que los niños se parecen a su padre.

Ahora bien, lo curioso es que en este cambio de postura de Feijoo, como él mismo confiesa, tuvo una influencia decisiva una historia que le relató un amigo de toda confianza como sucedida en su tiempo en la sevillana localidad de Marchena, donde, afirma su amigo, había un caballero principal, de padre y madre blancos, llamado don Francisco de Ahumada y Fajardo, el cual, no

[18] «Color etiópico». En: *Teatro crítico universal*. Fundación Gustavo Bueno (ed.); t. VII, 3. Véanse los párrafos 22-32. Ha estudiado con cierto detenimiento las ideas de Feijoo en torno a este asunto Aldridge, Alfredo O.: «Feijoo y el problema del color etiópico» (1982).

obstante su origen, era negro atezado, con cabello ensortijado, narices anchas y otras características que se notan en los etíopes, al contrario que dos hermanos suyos, hijos de los mismos padres, que eran blancos en extremo. Ante lo cual, el sabio ilustrado, descartada la infidelidad de la noble esposa, da como buena la explicación de que el color de la piel de don Francisco es debido a que su madre durante el momento de la concepción había fijado con vehemencia la imaginativa en un cuadro de los Reyes Magos que había en su cámara, cuadro que, a buen seguro, incluía la simpática figura del rey Baltasar, pues el benedictino está seguro de la veracidad de esta historia por corroborarlo el hecho de que, habiéndose casado el caballero en cuestión con una dama blanca, tuviera hijos mulatos:

> Siendo hecho constante, como yo no dudo, la perfecta negrura de aquel caballero, es claro que no puede atribuirse al indigno comercio de su madre con algún etíope. La razón es concluyente: si esta fuese la causa, no saldría enteramente negro, sino mulato, como salían todos aquellos que tienen padre negro y madre blanca; y como por la propia causa salieron los hijos del mismo don Francisco. ¿A qué otra causa, pues, podemos atribuir el efecto, sino a la vehemente imaginación de la madre, clavada al tiempo de la concepción en la pintura del Mago negro que tenía presente?
>
> «Sobre el influjo de la imaginación materna respecto al feto»
> *Cartas eruditas y curiosas*. *Op. cit.*; t. I, 4, párrafos 30, 31, 32

Pues bien, a pesar de lo sorprendente que pueda parecer, esta historia supuestamente ocurrida en Marchena, que tiene tantos puntos en contacto con la más antigua que se había ido sacando a colación a través de los siglos para demostrar el influjo de la imaginación materna sobre el feto, y que el propio Feijoo había refutado en otros lugares de sus escritos, modificó notablemente la postura ante este fenómeno del escritor dieciochesco, hasta tal punto que llega a hacer causa común con los imaginacionistas a la hora de explicar la aparición del color etiópico como debida al poderoso influjo de la imaginación de las madres, originariamente blancas, sobre los fetos, lo cual facilitaba la comprensión de que las distintas razas de la tierra pudieran proceder, a pesar de sus diferencias de color, de unos primeros padres comunes blancos (Adán y Eva), lo que había provocado que hubiera quien acudiera, en su empecinamiento por sostener dicho aserto, a explicaciones tan peregrinas como la de mantener que el color negro surgió en nuestro planeta como consecuencia de una maldición divina que recayó sobre los hijos de Caín por su infame crimen.

Y es que lo cierto es que, a pesar del varapalo que supuso la publicación en 1729 del libro del prestigioso médico londinense Augustus Blondel so-

bre el poder de la imaginación para las tesis imaginacionistas, o partidarias de la explicación de este tipo de fenómenos a través de lo que la medicina antigua denominaba teoría de la impresión materna, el pueblo llano, e incluso algunos científicos de la época, seguían mostrando una enorme fe en la misma, como se puede comprobar al consultar el libro *Histoire des anomalies* de Geoffroy Saint-Hilaire, donde se recoge la anécdota de que tres años después de la Revolución Francesa nació un niño con una mancha en el pecho que se asemejaba a un gorro frigio, por lo que a su madre se le asignó por parte del



El *Liber Chronicarum* (1493) también conocido como *Las crónicas de Núremberg,* porque lo hicieron allí, o como *La historia del mundo de Schedel,* honrando a su autor principal, Hartmann Schedel. Escrito en 1493, es una crónica de las edades del hombre, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Y en él encontramos esta *Niña velluda* nacida quizá debido a que su madre se obsesionó en el momento de su concepción con un cuadro de Juan el Bautista.

gobierno una pensión de cuatrocientos francos al año en gratitud por el patriotismo de su pensamiento.

Y lo mismo seguía pasando a principios del siglo xix, como se comprueba con una historia publicada en un pliego de cordel, de gran difusión en Inglaterra, según la cual un hombre desalmado negaba ser el padre de un niño que estaba a punto de nacer, a pesar de la convicción que tenía de su paternidad la inminente y menesterosa madre, convicción que, a la postre, se demostró que no era fingida al nacer la criatura con el nombre del caballero que lo repudiaba grabado en los ojos.

Evidentemente, la difusión de los estudios embriológicos del fisiólogo alemán Johannes Müller relegaron la teoría de la impresión materna, prácticamente, al mundo del esoterismo, aunque la gente seguía creyendo en la veracidad de los antojos, e incluso había hasta médicos que defendían la telegonía, una nueva versión de la antigua teoría de la impresión materna, todavía sostenida por científicos enrolados en el nazismo, que en apoyo de sus tesis esgrimían historias como la de la yegua de raza árabe que se cruzó con un asno salvaje, parecido a una cebra, y a partir de entonces ya siempre tuvo hijos rayados, a pesar de que se cruzara con otros caballos árabes de pura raza, o, a la inversa, como la de la vaca que había sido cubierta por un toro de excepcional calidad, y, a partir de entonces, paría becerros dotados de esta envidiable genética, aunque se cruzara con otros toros de calidad notablemente inferior.

Pues bien, lo cierto es que estas antiguas convicciones son enormemente difíciles de desterrar, así como las historias que se relataban para sustentarlas, lo que quizás explique que todavía hoy la especie de que un matrimonio de raza blanca ha tenido sorpresivamente un infante de raza negra sea una leyenda recurrente en nuestros días, por lo que aparece en diferentes libros en donde se recopilan este tipo de narraciones.

Así, la antropóloga Laura Bonato señala que en la ciudad de Torino se tenía por cierto que una pareja de recién casados había ido de luna de miel a África, y que la mujer, que se quedó sola una tarde en el hotel, porque su marido se había empeñado en ir a una excursión que a ella no le apetecía, había cometido una infidelidad con un sirviente negro, a consecuencia de la cual a los nueve meses dio a luz en Italia un par de criaturas: una blanca y otra negra.

Y en esta misma línea, el folclorista sueco Bengt af Klintberg también recoge un caso de preñez verdaderamente portentosa: un hombre tiene relaciones sexuales con una prostituta negra, y, a las pocas horas, yace con su propia esposa, que a los consabidos nueve meses pare un niño de color, sin haber mantenido trato sexual alguno con ninguna persona de esta raza. Tras arduas investigaciones del ginecólogo, se resuelve el enigma: la hetaira en cuestión se había acostado poco antes de prestar sus servicios al marido adúltero con un cliente negro, y, como no se había lavado después de haber realizado el acto

sexual, traspasó el esperma del hombre negro a la mujer a través del órgano genital de su propio marido, que tampoco debía de ser muy partidario de la higiene íntima[19].

Últimamente estas historias se asocian con las despedidas de solteras, de tal forma que el inesperado retoño de raza negra es el resultado de un desliz que la futura esposa ha cometido con un bailarín de color que había sido contratado para animar la fiesta celebrada para dar fin a su soltería. Así, Ortí y Sampere en su libro *Leyendas urbanas en España* transcriben un informe del egabrense David Moreno en que se ofrece una versión de esta leyenda:

> Una joven a punto de casarse celebró la despedida de soltera con unas amigas en un local nocturno de la capital donde los chicos («camareros») se desnudaban y después se prostituían. La joven que estaba a punto de casarse se «lió» con uno de ellos que era de piel negra. A la semana se casó la chica con su fiel novio, pero pronto quedó embarazada (lógicamente por la relación que había mantenido con el chico de color), aunque todos estaban convencidos de que el padre era su marido. Llegó el día del parto y los médicos se sorprendieron al ver un bebé negro, por lo que antes de cortar el cordón umbilical llamaron al padre, para que estuviera seguro de lo que su mujer traía. El hombre dejó a la mujer y ella se quedó sola con su hijito moreno.

Y, además, en muchas ocasiones, estos bulos se cuentan poniendo nombres y apellidos a los protagonistas de la historia, que, a veces son famosos, como sucede con una de estas leyendas que se contaba hace unos años en Cáceres, según los citados Ortí y Sampere, sobre una jovencita que, después de la consabida despedida de soltera, se encamó con un jugador de baloncesto de color del equipo de la capital extremeña, y como consecuencia parió a los nueve meses una criatura de piel negra, o con otra más antigua que se relataba unos cuantos años antes relativa a un futbolista del Real Madrid de raza blanca, de la generación que ganó la sexta Copa de Europa contra el Partizan de Belgrado, que había maridado con una entonces famosa actriz también de raza blanca.

Y es que, como señala el filósofo Jordi Barrera, este tipo de relatos también pueden servir para que gentes con una existencia grisácea dé color a la misma destrozando las reputaciones ajenas, quizás porque en el fondo no están muy orgullosas de las propias.

Así pues, tales historias contemporáneas, de raíces tan antiguas, quizás han podido pervivir cambiando su función, y han pasado, de ser ilustracio-

[19] Sobre este tipo de embarazos portentosos, véase López Gutiérrez, Luciano: «Del mito a la leyenda urbana: los hijos del agua y otros embarazos y engendros prodigiosos».

nes de una vetusta convicción en el poder de la imaginativa, a traslucir, entre otras cosas, aparte del miedo de los padres a que sus hijos puedan no ser legítimos, que tiene su correlato en el de los hijos que dudan de la atribución de sus padres (recuérdese el cuento del traje nuevo del emperador), la manifestación por parte de las mujeres blancas de un deseo libidinoso oculto, basado en la concepción del negro como un portento sexual, que se resuelven a satisfacer antes de someterse al yugo del matrimonio; a la vez que conllevan un carácter admonitorio destinado a desterrar este tipo de conductas desinhibidas por las nefastas consecuencias que trae consigo una prueba tan palpable de su infidelidad.

Sin embargo, a pesar del cambio de función en las leyendas urbanas contemporáneas de esta antiquísima historia que ilustraba la creencia en el influjo de la madre sobre el feto, y de los estudios médicos modernos que explican las manchas en los recién nacidos como tumores benignos o fruto de problemas circulatorios en el *nasciturus*, lo cierto es que se sigue creyendo en la actualidad en los antojos, aunque se descarten como verídicas historias de la aparatosidad de las anteriormente referidas, si bien en un relato de Álvaro Cunqueiro todavía he encontrado ecos de esas vetustas narraciones, así como de los antiguos consejos que se daban para practicar la eugenesia a través de la imaginación, consistentes en sugerir a la madre que contemplara obras de arte en donde estuvieran representadas las figuras a las que deseaba que se pareciera su hijo.

En efecto, en un breve relato titulado *Padín de Carracedo*[20] el insigne escritor antes citado, tan familiarizado con las creencias de su Galicia natal, cuenta la historia de un hombre humilde que tiene la mala suerte de quedarse tuerto en el vareo de las castañas, y decide ponerse un ojo de cristal. Pero, ante la sorpresa de su oftalmólogo, elige uno de color violeta intenso, aunque difiere mucho del color, castaño claro, de su ojo natural. Pasados unos meses, se casa con la sobrina del cura, y a esta se le mete en la cabeza la obsesión de que sus hijos tengan los ojos color violeta, lo mismo que el ojo artificial de Padín, lo cual consigue, por consejo de una meiga, poniéndose por la noche en el vientre el ojo artificial del esposo y confiando en el poder de la imaginativa. Corre la voz por la aldea y es repetido el experimento por algunas vecinas, lo que, además de generar pingües ganancias al bueno de Padín por prestar su ojo de cristal, provoca que el vecindario se llene de *rapaciños* con ojos de un intenso color violeta. ¡Cosas veredes!

[20] Incluido en «Las historias gallegas». En: Cunqueiro, Álvaro: *Obras en castellano*. Tomo II: *Semblanzas y narraciones breves* (2006).